

halewyn

• JUAN CARLOS BRIE

POCA suerte han tenido, en general, con la crítica, los hombres profundos. Jerome Bosch, por ejemplo, fue llamado "el Chistoso" y proclamado "satírico que pintó con irónica incredulidad" por Jonathan Swift. Otros lo consideran un melancólico, cuyo temperamento influye en sus pinturas. Cualquiera haya sido el motivo que impulsó su obra creadora, el hecho es que fue un incomprendido, que debió soportar las burlas, el odio y el desprecio de sus contemporáneos.

Cuatro siglos y medio después, nace igualmente en los Países Bajos (Ixelles, suburbio de Bruselas) un artista al que también la incompreensión cerca al extremo de que, solamente al rayar el medio siglo de existencia, puede ver triunfar una obra suya ("¡Arriba, Signor!" 1946), pero que, a diferencia de del Bosco, conocerá, desde entonces, el éxito hasta su muerte.

No es al azar que he tomado el nombre del Bosco para referirme a Ghellderode. En sus vidas hay un evidente paralelismo estético, aunque uno se expresara por la pintura y otro con el teatro, paralelismo que se acentúa por la preocupación de Ghellderode por el aspecto plástico de sus obras teatrales. También las circunstancias de lugar y tiempo han

influido para condicionar en forma semejante sus quehaceres artísticos. Ambos vivieron en el límite de dos épocas. Ambos contemplaron el mundo desde sus naturalezas hipersensibles, introvertidas y melancólicas. Ambos palparon tremendos trastornos sociales, la pérdida de valores tradicionales y la aparición de otros nuevos, de dudosa autenticidad. Ambos asistieron al principio de destrucción de un mundo al que se habían habituado a considerar eterno. Ambos, por último, fueron temperamentos auténticamente religiosos, privados de la gracia. En sus obras hay una religiosidad vacía, sin auténtica fe, sin esperanza en los hombres y sin caridad para cubrir o disimular amorosamente sus pecados. Pero mientras el Bosco pinta a sus contemporáneos, Ghellderode se sumerge, para expresarse, en el medioevo. Tal vez haya elegido esta época porque le ofrecía la necesaria perspectiva histórica para juzgar un mundo en desintegración con perfecta ecuanimidad. Y porque en el hombre, más allá de épocas, razas y banderas, encarna un mismo espíritu y anidan idénticas pasiones.

"El mundo es una hechicería cuyos secretos se han perdido", dice uno de los personajes de *Halewyn*, la obra de Michel de Ghellderode que el "Grupo de los 5" representa en el Teatro Liceo. Tal

era, para muchos, en el medioevo, la concepción del universo. Nadie como Ghelderode ha sabido, modernamente, recrear su atmósfera. Época contradictoria, de luces y sombras, de perversión y santidad, en que la Revelación y el Dogma pugnaban con la hechicería y en que la ciencia incipiente se enfrentaba con la superstición. Época en que los hombres, despreciando la fama, elevaron anónimamente templos como flechas en testimonio de su fe, mientras otros hervían sus calderos e invocaban al demonio para aplastar al enemigo. Halewyn es uno de estos últimos. Obediente a un mandato interior, invade las tierras del Duque de Ostrelande en misión maldita. Al conjuro de su canto irresistible, atrae hacia un claro del bosque a las vírgenes de la zona, donde las infama y las ahorca. La fuerza de su hechizo es tal, que la propia hija del Duque, Pirmelende, es atraída a la macabra cita. Aún intuyendo el destino atroz que le aguarda, no vacila en asistir, para lo cual huye del castillo montada en su caballo. En el instante de la entrega, mientras Halewyn se despoja de su cota, Pirmelende comprende cuál es su obligación y decapita a Halewyn con su propia espada. Luego lleva su cabeza al castillo y mientras se celebra la fiesta dispuesta por el Duque, muere de dolor abrazada a ella. El duque, en quien obra un satánico orgullo, ordena proseguir los festejos.

Como se desprende de esta breve síntesis, no es nada fácil llevar a escena una pieza de estas características. Se orilla peligrosamente el ridículo si no se consigue crear el clima de misterio en la medida adecuada. Por otra parte, los largos parlamentos de Halewyn y Pur-

melende exigen la presencia de autores consumados, capaces de transmitir su tormento interior. Estas dificultades (presentes en casi toda la obra de Ghelderode) hacían aconsejable una prolongada meditación antes de embarcarse en una representación. Desgraciadamente, el "Grupo de los 5" ha hecho un cálculo optimista de sus posibilidades escénicas. Para Jorge Oubíña, el director, crear un clima de misterio ha consistido en apagar luces y dejar el escenario en la semipenumbra, desde el cual (y casi siempre desde el proscenio) los personajes gritan desaforadamente sus penas, ensordeciendo a los infortunados espectadores de las primeras filas y dificultando la comprensión de la obra. En cuanto a los actores, han tropezado con una marcación deficiente y carecen de madurez para una obra de esta envergadura. Hay, evidentemente, condiciones en Américo Nardini (Halewyn), María Visconti (Pirmelende) y Jorge Dobal (Godfrund), por no citar sino a tres, pero les hace falta, como a los restantes, un largo aprendizaje para encarar papeles de este tipo. Lo mejor de la puesta en escena es la sobria y cambiante escenografía de Roberto Oswald y los juegos de luces, elementos de intensificación éstos que, lamentablemente, no son suficientes para crear el clima adecuado ni para satisfacer al contrito espectador.

El espectáculo ha sido auspiciado por la Embajada Belga, la Secretaría de Cultura de la Municipalidad, el Fondo Nacional de las Artes y la Sociedad Friulana de Buenos Aires, lo que ilustra acerca de cómo puede malograrse un laudable esfuerzo conjunto por falta de perspectiva. ♦